

Texto sometido a la revista Papeles de Economía Española para su evaluación en 2005, posteriormente aceptado y publicado. Rogamos que, a efectos de divulgación, docencia y cita bibliográfica se acuda a la publicación impresa (u online de la propia revista) y la cita sea esta: Pérez Díaz, J. (2005), "Consecuencias sociales del envejecimiento demográfico" *Papeles de Economía Española* (104): 210-226.

## Consecuencias sociales del envejecimiento demográfico

**Julio Pérez Díaz**

Centro de Estudios Demográficos

### Resumen

La intención del autor es aportar claridad analítica a un tema excesivamente poblado de tópicos, equívocos, intereses y previsiones erróneas que se reiteran hace tres cuartos de siglo. Empieza por descartar algunos equívocos sobre la propia denominación del fenómeno demográfico objeto del artículo, y exponiendo sintéticamente cuales son sus causas. La propuesta alternativa es utilizar la óptica generacional y la investigación empírica, en vez de la tradicional perspectiva transversal y el apriorismo sobre las edades que caracteriza los estudios sobre este tema. Como botón de muestra, y a título de propuestas con que fundamentar la investigación, se enumeran algunas de las consecuencias deducibles desde este cambio de óptica, que resultan ser bastante distintas a las habituales.

### .1. A título introductorio: descartemos el equívoco

---

A diferencia de otros temas demográficos, éste ha llegado a los medios y es materia de comentario y debate en los ámbitos más diversos y desde hace tiempo. Puede parecer ocioso, por tanto, que antes de tratar sus consecuencias sociales se dedique espacio a explicar lo que es y de dónde surge su denominación. Pero sucede que buena parte de nuestro conocimiento y análisis sobre las consecuencias del envejecimiento demográfico se ven perjudicados precisamente por la confusión y los malos entendidos que rodean el propio concepto.

Un primer problema, semántico aunque no menor, es que sólo puede hablarse de "envejecimiento" demográfico de forma metafórica, porque en realidad las poblaciones no envejecen. La metáfora, además, no es bienintencionada. Quienes la acuñaron introdujeron un caballo de Troya en toda investigación posterior, y de él siguen derivándose muchas de las connotaciones negativas del proceso demográfico aquí

tratado, incluida la difusa idea de que sólo puede conducir al desastre. Por eso no está de más un cierto repaso histórico al origen de tan eficiente manipulación de las palabras.

El mejor signo de su consolidación conceptual puede situarse en 1946, en el primer número de "Population", una de las revistas más prestigiosas de la disciplina. En su presentación editorial podía leerse que Francia, uno de los países occidentales más avanzados, estaba "en el camino del envejecimiento que precede a la despoblación". Aunque la presentación no está firmada, pertenece probablemente a Alfred Sauvy, durante mucho tiempo lo más parecido al demógrafo oficial del Estado francés. Cofundador y director del Institut National d'Etudes Démographiques (INED), uno de los principales centros de investigación demográfica de todo el mundo, Sauvy fue una de las personas que más contribuyeron a consolidar la expresión "envejecimiento" demográfico y a despertar alarmas sobre sus consecuencias.

El aumento del peso relativo de la vejez ya había sido diagnosticado bastante antes, en los albores del siglo, pero no fue considerado importante en sí mismo, ni siquiera en Francia, porque se lo entendía como un simple efecto de las mejoras en la esperanza de vida. Son excepcionales quienes, como el demógrafo neerlandés, H. Westergaard<sup>1</sup>, entreveían ya en 1907 su combinación de causas y anunciaban su acentuación futura con consecuencias catastróficas:

*"...ya no volveremos a encontrar la distribución por edad de los días de antaño: la población tendrá un aspecto muy distinto, con un gran número de ancianos y unos efectivos de jóvenes relativamente reducidos [...]. Y, si es exacto que las nuevas ideas germinan en los jóvenes cerebros, entonces esta diferencia en la distribución de las edades podrá ser asimilada a una seria pérdida para la futura población."*

En realidad fue la obsesión natalista europea la que consolidó el concepto y éste creció pujante en Francia. País precoz en el descenso transicional de la fecundidad, atemorizado ante la "pujanza demográfica" de Alemania, había generado, ya en el siglo XIX gran cantidad de textos e investigaciones sobre el "declive demográfico" nacional<sup>2</sup>.

Ya en 1928, mientras se debatían y comentaban las proyecciones de población presentadas por A. Sauvy en la Sociedad de Estadística de París, la expresión "envejecimiento progresivo" fue utilizada profusamente. Dicha expresión, ahora sí, incluía la por entonces novedosa idea de que la causa que estaba modificando la pirámide no era la mayor supervivencia sino la "desnatalidad" (expresión claramente valorativa que, pese a todo, se ha consolidado en la jerga demográfica francesa).

Tres años antes, en el n.º 153 del Boletín de la Alianza Nacional, F. Boverat, su vicepresidente, había relacionado desnatalidad y envejecimiento de manera explícita en un artículo titulado: "Un problema insospechado: ¿qué haremos con los ancianos si la

---

<sup>1</sup> 1907, *The Horoscope of the Population in the xxth Century*, informe presentado en la sesión de Copenhague del Instituto Internacional de Estadística.

<sup>2</sup> En 1896 veía la luz la "Alliance nationale pour l'acroissement de la population française", auténtico lobbie patriótico-natalista que ha perdurado hasta la actualidad. Entre sus logros están la aprobación del Código de Familia o la creación del propio INED.

natalidad sigue menguando?" Cinco años más tarde, tras la publicación de las proyecciones de Sauvy, F. Boverat fue también el primero en abordar las consecuencias del envejecimiento en las jubilaciones en dos artículos titulados "Reflexiones sobre las pensiones de la vejez: la distribución y la capitalización igualmente imposibles en un país que se esté despoblando" (Boletín de la Alianza Nacional, n.º 212, 1930) y "El porvenir sacrificado al pasado: el aplastante peso de las pensiones de jubilación" (n.º 213). El término "envejecimiento" en el sentido demográfico, claramente distinguido del envejecimiento individual o senescencia, fue enunciado ya de manera explícita por Michel Huber en 1931 y ha seguido utilizándose sin que nadie haya propuesto hasta hoy una denominación alternativa menos tendenciosa<sup>3</sup>.

En definitiva, en los orígenes de la expresión "envejecimiento demográfico" se encuentra dos corrientes históricas de gran importancia para el pensamiento de finales del siglo XIX y principios del XX:

- la ideología patriótica del Estado "nacional" moderno, que entiende la demografía como un elemento estratégico en el engrandecimiento de las propias potencialidades frente a la contestación interna, pero también en las disputas internacionales y en el mantenimiento de las colonias,
- una concepción organicista de las poblaciones, muy influida por el deslumbrante éxito de las teorías darwinistas, según la cual los colectivos humanos pueden entenderse en sí mismos como seres vivos, que nacen, maduran, envejecen y mueren<sup>4</sup>.

Hace ya mucho tiempo que las limitaciones y errores del organicismo quedaron en evidencia y hoy podemos descartar, por lo menos, un equívoco: las poblaciones no envejecen, no tienen edad. Expresiones como "la vieja Europa y la nueva América", o la idea de que la población de Italia es más vieja que la población de Nigeria, no tienen ningún fundamento científico.

Lo que denominamos envejecimiento demográfico es simplemente un cambio en la estructura por edades. Si queremos conocer sus consecuencias, no es suficiente con suponer que los atributos y repercusiones de la vejez individual son también los que va a tener la vejez poblacional.

---

<sup>3</sup> Mi propuesta personal es la "madurez de masas", concepto relacionado con la supervivencia generacional más que con la estructura por edades. Dicho concepto puede encontrarse desarrollado en forma de libro en [J. Pérez Díaz, 2003c]

<sup>4</sup> La mezcla de organicismo, biologismo, demografía y política dejó en España su impronta incluso en la denominación de una fase histórica, la "regeneracionista". Pero esas eran "las ideas" en Europa, y los políticos e intelectuales españoles no hacían más que sintonizar con corrientes como las que llevaron a en Alemania a "La decadencia de Occidente" [O. Spengler, 1923] o en Italia a "Nascita evoluzione e morte delle nazioni: la teoria ciclica della popolazione e i vari sistemi di politica demografica" [C. Gini, 1930]. Una magistral y sintética exposición de dicho trasfondo ideológico-demográfico la proporciona Jordi Nadal en su prólogo a la "Catalunya, poble decadent" [J.A. Vandellós i Solà, 1985 -1935-], una de nuestras versiones nacionales en esa corriente de pensamiento.

## **.2. Algunas puntualizaciones sobre las causas**

---

A las prevenciones que despierta el envejecimiento demográfico ha contribuído también cierta confusión respecto a sus causas. Desde el punto de vista estrictamente analítico cualquiera de los tres fenómenos que pueden modificar el volumen de las poblaciones (natalidad, mortalidad y migraciones) puede también modificar la pirámide de edades.

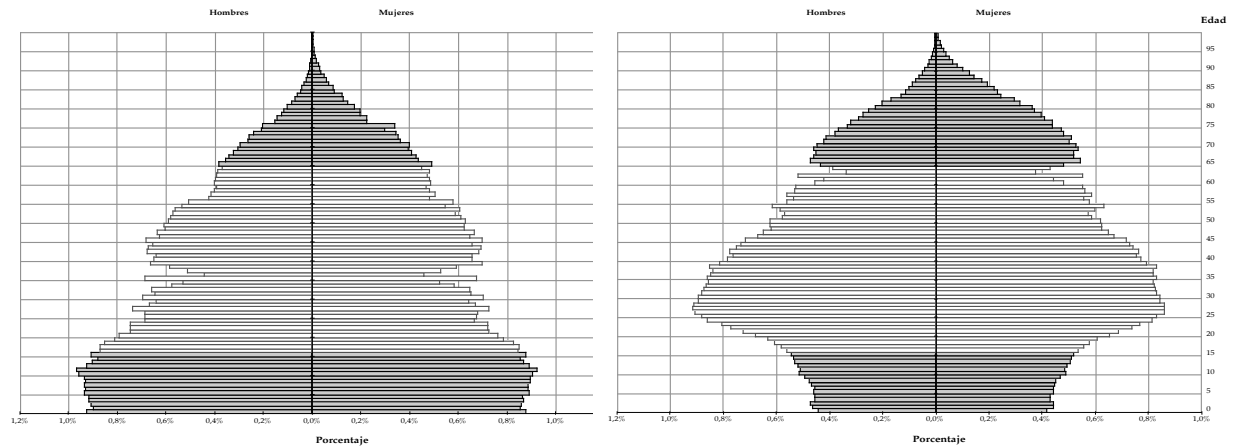
Pero, de nuevo, conviene cierto rigor conceptual. Del mismo modo que el crecimiento poblacional puede descomponerse en sus elementos “natural” y “migratorio”, sugiero instituir también la distinción entre el envejecimiento “natural” y el “migratorio”, porque constituyen fenómenos ciertamente diferentes, no sólo en sus causas, sino en la escala geográfica de análisis en la que se sitúan, en el tipo de población al que aluden y, también, en sus consecuencias.

La probabilidad y relevancia del “envejecimiento migratorio” es tanto mayor cuanto menor es la población (como puede comprobarse en muchos pueblos de la Espanya interior). Pero el envejecimiento rural, el que tiene a las migraciones como causa principal, es un fenómeno ancestral que poco tiene que ver con el objeto de este artículo. Es en realidad parte de un proceso de despoblamiento que suele responder al declive económico; como síntoma debe despertar justas alarmas e incitar a políticas correctoras. Pero quienes atribuyen las mismas consecuencias a cualquier tipo de envejecimiento demográfico están errando los diagnósticos y mezclando realidades muy distintas. Son poblaciones nacionales de gran envergadura, incluso la humanidad entera, las que están protagonizando un cambio irreversible y sin precedentes en su estructura por edades, y las migraciones nada tienen que ver en ello (por el contrario, las poblaciones de los grandes países con mayores grados de envejecimiento son receptoras netas de inmigración).

Nos queda, pues, atender a los componentes de lo que aquí denomino “envejecimiento natural”; la natalidad y la mortalidad.

Un simple vistazo a la pirámide de población de cualquier país europeo y, aún más, a la de España, parece decirnos que el principal factor explicativo del cambio en la distribución por edades es el abrupto descenso de la natalidad.

**Gráfico 1. Pirámide de población de España, 1975 y 2003**



Fuente: INE, Padrón Municipal de Habitantes de 1975 y Renovación Padronal de 2003

¿Qué más puede añadirse a la contundencia del gráfico? Si el número de nacimientos disminuye desde 1975 con tal rapidez e intensidad, si su cantidad llega a reducirse a prácticamente la mitad en sólo un par de décadas, ¿cómo no va a reordenarse el peso relativo del conjunto de edades? Aparentemente, habrá que dar la razón al propio A. Sauvy cuando decía que, contra lo que se le creyó, no ha sido la creciente esperanza de vida ni el creciente número de mayores lo que ha desencadenado un fenómeno tan espectacular, sino la “denatalité” [A. Sauvy, 1964].

**Cuadro 1. Población según grandes grupos de edad (número y peso). España 1900-2003**

Año	Población				Distribución porcentual			Mayores / menores (>64)/(<15)*
	0-14	15-64	>64	Total	0-14	15-64	>64	
1900	6.240.701	11.408.535	968.849	18.618.086	33,5%	61,3%	5,2%	16
1910	6.792.408	12.097.011	1.106.628	19.996.046	34,0%	60,5%	5,5%	16
1920	6.914.876	13.254.350	1.220.617	21.389.842	32,3%	62,0%	5,7%	18
1930	7.494.647	14.835.000	1.434.558	23.764.205	31,5%	62,4%	6,0%	19
1940	7.748.951	16.438.632	1.690.388	25.877.971	29,9%	63,5%	6,5%	22
1950	7.337.386	18.615.864	2.023.505	27.976.755	26,2%	66,5%	7,2%	28
1960	8.361.283	19.643.207	2.508.515	30.513.005	27,4%	64,4%	8,2%	30
1965	8.800.620	20.443.436	2.862.816	32.106.872	27,4%	63,7%	8,9%	33
1970	9.459.640	21.290.338	3.290.679	34.040.657	27,8%	62,5%	9,7%	35
1975	9.744.457	22.510.040	3.757.754	36.012.251	27,1%	62,5%	10,4%	39
1981	9.685.730	23.760.901	4.236.727	37.683.358	25,7%	63,1%	11,2%	44
1986	8.643.897	25.140.028	4.689.407	38.473.332	22,5%	65,3%	12,2%	54
1991	7.532.668	25.969.348	5.370.252	38.872.268	19,4%	66,8%	13,8%	71
1996	6.361.626	27.111.282	6.196.472	39.669.380	16,0%	68,3%	15,6%	97
2000	5.894.999	27.762.645	6.842.142	40.499.786	14,6%	68,6%	16,9%	116
2003	6.043.479	29.396.965	7.276.620	42.717.064	14,2%	68,8%	17,0%	120

Fuente: INE, Censos, Padrones y Renovaciones Padronales correspondientes.

\* El valor de la columna puede interpretarse como “el número de mayores por cada cien menores en la población”.

Los datos de la tabla anterior, sin embargo, matizan la afirmación de Sauvy. El envejecimiento demográfico ya estaba ahí antes de 1975. Es cierto que la rapidez con que ha aumentado la proporción de mayores en las últimas décadas está directamente relacionada con el descenso de la natalidad. Pero también lo es que dicha proporción viene creciendo, más o menos gradualmente, durante todo el siglo XX. No dejó de hacerlo ni siquiera durante los años del baby boom, cuando la proporción de niños también aumentaba. En otras palabras, la supervivencia hasta edades maduras y avanzadas sí es un componente relevante del cambio en la distribución por edades, y en una dirección pasmosamente estable además.

Se puede ir aún más allá, y plantear cual es la posible relación entre la mayor supervivencia y la menor natalidad. Se entra así en un tema clásico de la teoría demográfica, casi el único con tintes de “teoría” a gran escala. Y, aunque pueda parecer que la “transición demográfica” es un asunto del pasado, esa es sólo una falsa impresión debida a una importante limitación de dicha teoría: estar enunciada en términos transversales y no longitudinales, es decir, mediante indicadores “de momento” y no “de generación”.

En realidad, el espectacular y radical cambio experimentado por los sistemas demográficos humanos a lo largo de los dos últimos siglos está en el origen y es la auténtica explicación del actual proceso de envejecimiento demográfico. Se trata de un cambio que ha multiplicado más de seis veces la población del planeta en un siglo y cuyos efectos sobre la significación de las distintas edades no se comprende suficientemente bien porque los indicadores transversales no integran sus causas y

consecuencias en los ciclos de vida generacionales. En otros lugares he sostenido que el uso de indicadores longitudinales permite hablar de “revolución reproductiva” más que de “transición demográfica”, y que dicho concepto permite una mejor comprensión y previsión de los cambios actuales en el peso y significación de la vejez. Me limitaré aquí a exponer brevemente los argumentos que justifican dicha afirmación.

### *La revolución reproductiva, auténtica causa del envejecimiento demográfico*

La “revolución reproductiva” es una más entre las diversas “revoluciones productivas” conseguidas por la humanidad a lo largo del proceso modernizador de los últimos dos siglos[L. Garrido Medina, 1996]. Consiste en un salto de escala en la eficiencia con que se producen seres humanos. Y su origen puede buscarse en la democratización de la supervivencia generacional hasta la madurez. Aunque este concepto suene a simple cuestión “de mortalidad”, es una de las claves para la eficiencia global del sistema reproductivo.

En la historia completa de la especie humana sólo una pequeña parte de los nacimientos llegó a reproducirse; el resto había fallecido antes de tener la ocasión. La otra cara de esta dinámica poblacional era que, como en tantas otras especies animales o vegetales, se procreaba “de más” para compensar la mortalidad precoz y garantizar que algunos conseguirían la reproducción efectiva mínima para que la especie no se extinguiese. Dicho en términos más técnicos, la mortalidad siempre fue superior al 200 ‰ en el primer año de vida, y seguía siendo alta en las demás edades tempranas hasta que las generaciones veían reducirse en más de la mitad su efectivo inicial antes llegar a edades reproductivas. La fecundidad era alta, muy superior a los 2 hijos por mujer teóricamente necesarios para el reemplazo generacional si todos los que nacen llegan a tener hijos. Todo ello con un resultado parco, puesto que el crecimiento de la población era prácticamente nulo. El sistema era “ineficiente” en su sentido más literal; se basaba en una pésima relación entre “input” y “output”.

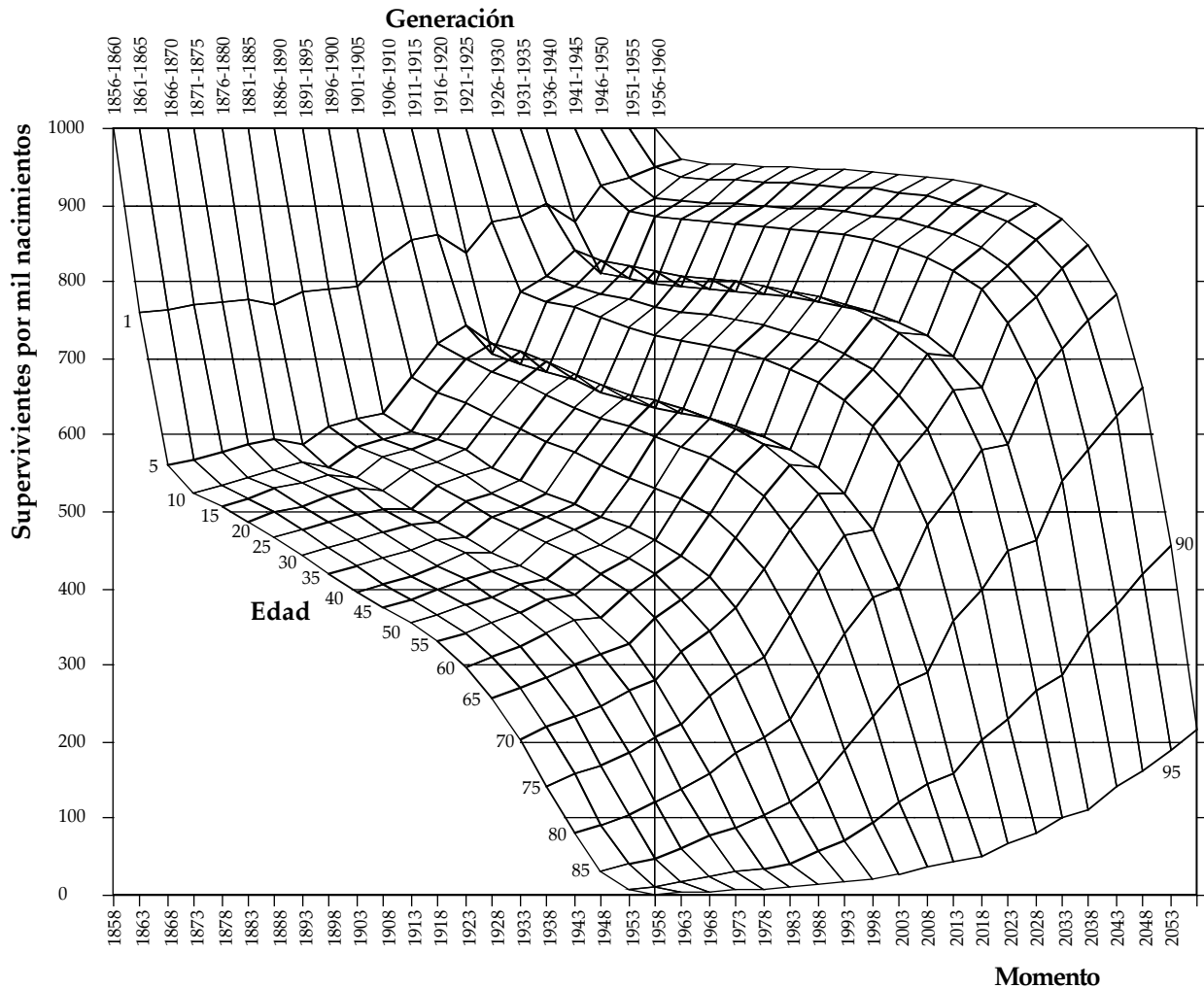
Por lo tanto, las tradicionales pirámides jóvenes que caracterizan toda la historia de la humanidad, con gran presencia infantil y juvenil frente a la escasez de adultos maduros y la presencia prácticamente residual de las edades avanzadas, son sólo una expresión de la ineficiencia del sistema reproductivo. Pero no son la única de sus consecuencias, porque dicha ineficiencia influye en muchos otros ámbitos de la sociedad humana. Por poner algunos ejemplos: el esfuerzo reproductivo de las mujeres es tal que constituye su principal ocupación y el núcleo definitorio de la propia feminidad; el desarrollo e intereses individuales apenas tienen sentido, porque el individuo es inviable de forma aislada; la maximización de las descendencias se consigue siempre en la cuerda floja de unos recursos escasos e inestables, de modo que las formas familiares resultan a menudo extensas y complejas simplemente porque las parejas no disponen de los medios ni de la seguridad suficiente como para emprender la “empresa” reproductiva en solitario; tales formas familiares se hacen también inevitables habida cuenta de la gran probabilidad de fallecimiento de cualquiera de los miembros adultos de la familia...

Todo eso es lo que cambia una vez la mayor parte de los nacidos consigue sobrevivir hasta la madurez. La democratización de la supervivencia mínima hasta tales edades es ya un factor de éxito reproductivo en sí misma (las poblaciones se hacen mucho mayores, aunque la fecundidad disminuya, porque sus "inquilinos" pasan mucho más tiempo en ellas), pero dicho éxito se retroalimenta: distribuye mejor el trabajo de tener hijos, antes limitado a la reducida parte superviviente de cada generación. Esto, a su vez, permite descendencias menos abundantes, a las que se puede dedicar más cuidados y recursos, lo cual redundará en su mayor supervivencia. Un círculo, en suma, que conduce a la exitosa dinámica poblacional actual y, claro está, a una pirámide de población completamente nueva.

La pirámide actual española puede parecer un caso extremo de rápido envejecimiento por reducción de la natalidad, pero debe recordarse que el nuestro es un país igualmente extremo en todo lo que se refiere al proceso modernizador que se acaba de explicar. Todavía en 1900 era el que tenía la menor esperanza de vida de toda Europa, menos de 34 años, mientras un siglo después estaba entre los de mayor supervivencia a escala mundial. Y, de nuevo, es la supervivencia en las generaciones, no la de los momentos, lo que conviene observar, si lo que se pretende es comprender el impacto que tales mejoras pueden haber tenido en los ciclos vitales de las personas.



## España. Curvas de superviviencia de las generaciones femeninas 1856-1960

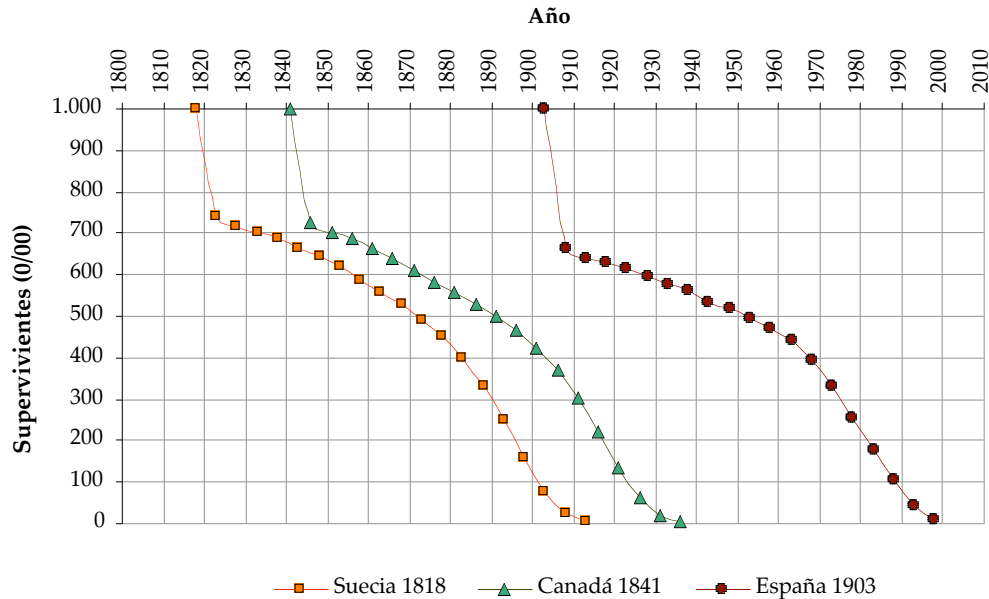


Fuente: Datos tomados de Cabré Pla, A. (1999), *El sistema català de reproducció. Cent anys de singularitat demogràfica*, Barcelona, Ed. Proa, Col. "La mirada".

El carácter extremadamente rápido con que España ha alcanzado la eficiencia reproductiva se evidencia en lo tardías que son las generaciones de su "madurez de masas". Las primeras generaciones españolas que consiguen que al menos la mitad de sus efectivos iniciales haya sobrevivido para criarse, formarse, trabajar, constituir pareja, procrear y criar a sus hijos (para alcanzar edades maduras en definitiva) nacen ya empezado el siglo XX y es en su segunda mitad, por tanto, cuando cumplen los 50 años de edad.

Si se quiere tener una mínima idea del retraso que eso puede suponer para la modernización del resto de características y comportamientos sociales supeditados a las pautas de superviviencia y de la reproducción, compárese con lo que ocurre en Suecia o Canadá:

**Curvas de supervivientes por edad de las primeras generaciones en alcanzar la madurez de masas en Suecia, Canadá y España.**



Fuente: Pérez Díaz, J. (2002), pg. 16.

Los condicionantes sociales o culturales que hacían de la España de hace pocas décadas una país más “natalista” que los del norte de Europa fueron objeto de multitud de estudios y de especulaciones. De la misma manera, la baja fecundidad sueca ha sido proverbial durante décadas y de nuevo se veía en ello únicamente el resultado de peculiaridades políticas, ideológicas o económicas. Es como mínimo sorprendente que apenas se otorgase relevancia a la diferente supervivencia de sus generaciones, pese a que el análisis demográfico es claro al considerar ambos fenómenos como determinantes complementarios de la reproducción. Hay una parcialidad analítica evidente en que sólo se hable de fecundidad y se deplora su descenso, asimilándola a la reproducción, y aún más sorprendente es que dicho error lo cometan incluso los demógrafos. Cualquier manual elemental de análisis demográfico explica que los indicadores generales de fecundidad son una ficción instrumental<sup>5</sup>; dibujan una generación hipotética de mujeres no afectadas por la mortalidad para ver qué número de hijos traerían al mundo en tales condiciones. Sólo por poner un ejemplo sumamente ilustrativo, que atañe a nuestro propio país: las generaciones femeninas españolas nacidas en 1871-1875 tuvieron una fecundidad de más de 4,5 hijos por mujer, pero su reproducción, el número de nuevas vidas femeninas que después traerían al mundo en relación al número de mujeres nacidas en esas generaciones, es casi exactamente la de reemplazo, uno a uno. Las

<sup>5</sup> Véase, por ejemplo, [M. Livi Bacci, 1993], pg 236 yss.

generaciones 1936-1940 tuvieron una fecundidad mucho menor, casi dos hijos menos por mujer (2,6), pero su reproducción real fue prácticamente la misma. A eso es a lo que yo llamo mayor "eficiencia reproductiva", y esa es la explicación de que España, en un siglo de constante descenso de la fecundidad generacional, haya pasado de 18 a 40 millones de habitantes, un ritmo de crecimiento que jamás había experimentado en toda su historia anterior, por mucho que la fecundidad superase los cinco hijos por mujer.

En suma, el envejecimiento demográfico, visto desde la óptica de la revolución reproductiva, no es más que el resultado de una mejor manera de mantener las poblaciones humanas, mucho más eficiente en el rendimiento obtenido de cada nueva vida traída al mundo.

El descenso de la fecundidad debería explicarse en este contexto, por lo menos, en cuanto que fenómeno histórico de largo alcance. Con demasiada frecuencia sólo se otorga relevancia al tipo de determinantes extrademográficos que podrían explicar sus fluctuaciones a corto plazo, diferencias de décimas en el grupo de los países más desarrollados. Pero los cambios en la fecundidad y en la estructura por edades no son un asunto coyuntural, accidental o resultante de las últimas novedades en materia de política fiscal o familiar, en el precio de la vivienda, en el mercado de trabajo o en las pautas de relación entre los jóvenes actuales. Son el resultado de un cambio cualitativo a gran escala en la supervivencia y la reproducción humanas, que aún debe acentuarse sensiblemente antes de alcanzar su grado máximo, y no tiene ya "marcha atrás".

### **.3. Los "nuevos" tópicos y su fundamento**

---

Por todo lo visto hasta ahora, descartar los actuales restos de la concepción organicista de las poblaciones es sólo un primer paso en la eliminación de equívocos respecto a las consecuencias del envejecimiento demográfico. Permanecen muchos otros que sí son estrictamente demográficos, es decir, se basan en las consecuencias previstas del cambio en la composición por edades de las poblaciones, aunque sin tener en cuenta los motivos de dicho cambio.

Por citar un ejemplo, la relación entre la demografía y el Estado moderno no ha hecho más que consolidarse hasta parecer connatural, y los análisis de "equilibrio internacional" siguen vigentes. Los argumentos militares han perdido relevancia en Europa, pero sólo porque la hegemonía económica y comercial se trasladó a EEUU tras la debacle generalizada de la segunda guerra mundial<sup>6</sup>. En cualquier caso, en todo el

---

<sup>6</sup> La posición geoestratégica actual de EEUU conduce a análisis sobre las consecuencias del envejecimiento demográfico como los contenidos [Central Intelligence Agency CIA, 2001] o en el informe "Global Ageing", del Center for Strategic and International Studies, que analiza su impacto para la "seguridad nacional". En él puede leerse, por ejemplo: "The changing structure of families could pose a serious issue if parents remain unwilling (as traditionally they have been) to risk their only male children in combat situations" [CSIS&WWW, 2000] pg 17.

mundo rico persiste el fantasma del declive demográfico nacional frente al rápido crecimiento y juventud de los países más pobres.

Pero el tema aquí no son las consecuencias para las “naciones-estados”, así que no dedicaré más tiempo a criticar estos tópicos. Hay muchos otros sobre las consecuencias estrictamente sociales del envejecimiento demográfico, también erróneos en sus fundamentos, pero mucho más vigentes que los organicistas o los “nacionales”.

En busca de alguna enumeración ya existente, y para no parecer parcial o subjetivo al analizar las posturas ajenas sobre este tema, me remitiré a un informe de Naciones Unidas, de finales de los años setenta, sobre los determinantes y consecuencias de las tendencias demográficas de aquel momento [O.N.U., 1978]. En dicho informe se hacía una relación detallada de las consecuencias previsibles del envejecimiento demográfico, y la distancia temporal, un cuarto de siglo, permite juzgar, a agua pasada, el grado de acierto en las previsiones. La relación de tales consecuencias<sup>7</sup>, según los expertos redactores, es esta:

1) descenso del nivel de vida en los países altamente industrializados, por el aumento de la relación de dependencia; 2) mayor gasto en la dependencia de la vejez que en la infantil; 3) descenso de la eficiencia de la población ocupada; 4) descenso de la eficiencia de las máquinas, herramientas y equipamientos, dada la menor necesidad de renovación; 5) menor flexibilidad de los activos, menor movilidad, menor adaptabilidad, mayor dificultad para encontrar nuevo empleo; 6) menor tasa de ahorro (los mayores viven de ellos y la sociedad realiza grandes gastos en proporcionarles servicios) y aumento de la desigualdad de ingresos (característica de las edades avanzadas); 7) retraso del progreso económico, cultural y político, e incluso artístico e intelectual; en los jóvenes produce frustración por la mayor competencia para los ascensos y en los ancianos una actitud negativa frente a la vida; 8) el creciente peso político de los mayores les otorgará más gasto público, ya que la familia se verá colapsada por sus necesidades; posible crisis del sistema; 9) aumento de los estudios sobre las necesidades y problemas específicos de los mayores; 10) cambio en la composición de los hogares, que dificulta la adecuación de las viviendas; 11) aumento de las necesidades de atención sanitaria, y de los costos de los sistemas sanitarios públicos; 12) aumentan las personas con funciones disminuidas y en proceso de separación de la sociedad<sup>8</sup>; 13) necesidad de acciones para solucionar los problemas planteados.

Prácticamente todo está ahí. Y no parece haber nada positivo. Como en la Francia natalista de principios de siglo, todo lo que en términos sociales parece producir el envejecimiento demográfico son problemas. La paradoja en estos análisis es evidente: es

---

<sup>7</sup> Las consecuencias enumeradas se han resumido hasta la idea principal. El desarrollo completo de tales enunciados debe buscarse en O.N.U. (1978), *Factores determinantes y consecuencias de las tendencias demográficas*, Nueva York, pgs 301 yss.

<sup>8</sup> Supuesto correspondiente a cierta teoría gerontológica sobre la mejor manera de abordar la fase final de la vida, la teoría del “disengagement”, de predicamento en esos años y por fortuna hoy superada. Se basaba en el supuesto de que la vejez es un proceso cuya naturaleza intrínseca e inevitable es la progresiva “desconexión” vital y social, que conviene favorecer y acompañar, en vez de intentar evitarla o combatirla [E. Cumming, 1963].

bueno para los individuos tener vidas cada vez más largas (o en otras palabras, tardar más en morir), pero no lo es el equivalente fenómeno agregado. No es tan sorprendente, después de todo; la sociología está llena de ejemplos de cómo un bien individual puede ser un mal si se extiende suficientemente de forma colectiva [R. Boudon, 1981].

Sistematizando y resumiendo lo que de común tiene la relación anterior con muchas otras más antiguas y más recientes, podría decirse que el envejecimiento demográfico es visto como causante del siguiente tipo de consecuencias:

- **Para los propios mayores:** su peso creciente tensiona los recursos colectivos existentes y reduce la cantidad “per capita” a la que tienen acceso. Una versión más “culturalista” de este enunciado, más sencilla todavía, es que su creciente número degrada su valor (en el fondo no se trata más que de una simple analogía con el valor de mercado de cualquier producto comercial).
- **Para las familia.** Resulta en una sobrecarga de funciones de cuidado y protección, que conduce a grandes tensiones, psicológicas y económicas.
- **Para la mujer** (un correlato de la anterior). Puesto que la construcción social del género otorga tradicionalmente a las mujeres el papel de cuidadoras en el seno de las familias, la generalización de la supervivencia hasta edades avanzadas se convierte en un elemento más de sobrecarga y doble jornada para aquellas mujeres que persiguen la plena integración laboral, pudiendo hacer peligrar incluso el deseable proceso de plena igualdad de género.
- **Para el resto de edades.** Desde el punto de vista general de la sociología de las edades, aunque los recursos “per cápita” para los mayores se degraden, su volumen total es creciente, mermando la parte destinada al resto de edades. En particular la juventud se ve especialmente damnificada, aunque puede hablarse de un empobrecimiento general (suele usarse la expresión “injusticia intergeneracional”).
- **Para el bienestar general y para las instituciones.** El envejecimiento condiciona crecientemente el margen de maniobra de los administradores, habida cuenta del creciente peso político de los mayores. En particular los Estados con los sistemas públicos de bienestar más desarrollados deben acabar siendo insostenibles, especialmente por el costo cada vez mayor del aseguramiento económico y sanitario de la vejez.

A diferencia de los argumentos biólogos de hace un siglo, se trata ahora de análisis estrictamente cuantitativos y centrados en el cambio de la estructura por edades. Prácticamente todas las consecuencias enunciadas son objetivables y cuantificables, especialmente las que hacen mención de las relaciones de dependencia económica entre unas edades y otras. Podría decirse, incluso, que tales enunciados podrían asumir la forma de un modelo matemático, alimentado por variables poblacionales y socioeconómicas cuya mutua relación e interdependencia resulta conocida y mensurable. Ése es el caso en las proyecciones de sostenibilidad del sistema de pensiones, o del gasto en sanidad, etc.

Ahora bien, los modelos no tienen como única, ni siquiera como principal función, la reproducción exacta de lo que ocurre en el mundo real. El caso evidente son las proyecciones demográficas, que pueden realizarse únicamente para poner a prueba los efectos automáticos de ciertos supuestos, aunque no se consideren plausibles.

En realidad, si lo que se pretende mediante modelos es anticipar realmente lo que ocurrirá, el uso de esta herramienta debería ser prácticamente experimental; tras predecir cierto comportamiento en un sistema de variables limitadas y conocidas, la predicción que resulta del modelo debería contrastarse con la realidad para determinar en qué resultados no es bueno el ajuste, averiguar por qué motivos, y reformular el modelo tantas veces como sea necesario para obtener resultados más ajustados.

No se trata de sólo de una cuestión técnica, o de un coto reservado a los científicos. La previsión social es mucho más que un simple ejercicio académico o estadístico: es una necesidad política y administrativa (cualquier acción humana requiere de una cierta previsión de lo que ocurrirá en el futuro). Quienes gobiernan pueden movilizar una cantidad ingente de recursos, trabajo y voluntades en direcciones inadecuadas simplemente como resultado de una previsión mal fundamentada. Y en este mundo “de carne y hueso” en el que vivimos, también es posible el camino inverso; el interés político por actuar en cierta dirección puede condicionar los análisis “técnicos” que justifican dicha línea de decisión, incluso cuando una y otra vez la realidad los desmiente.

En cualquier caso, y aunque parezca difícil de creer, apenas existen consecuencias sociales del envejecimiento que hayan sido previstas correctamente con antelación. A posteriori suele ocurrir que los factores auténticamente determinantes del resultado no estaban incluidos en el modelo, o se les concedía una importancia insuficiente, o se les otorgaba un peso inadecuado. También suele ocurrir que no se explicita el “umbral”, el grado que debe alcanzar dicho proceso para que tenga las consecuencias previstas. De esta manera, siempre cabe decir que todavía no es suficiente, que ya llegarán más adelante. En definitiva, se repiten una y otra vez previsiones que después la realidad no confirma, sin que por ello se reformulen los argumentos en que se basan. Convendría, al menos, observar qué grado de hacierto han tenido hasta la fecha en los distintos grupos de consecuencias enumeradas más arriba :

A) **El declive.** Tal como cabía esperar de su carácter espúreo, las vagas previsiones sobre el declive y la decadencia de las sociedades envejecidas no se han cumplido ni remotamente. Más aún, los indicadores internacionales de riqueza y nivel de vida muestran una relación directa con el grado de envejecimiento demográfico. Por supuesto, una correlación no da derecho a concluir causalidades y, si se buscan en este caso, el factor determinante debe ser el grado de desarrollo. Pero resulta sorprendente que los datos sigan empeñados en “aparentar” que el envejecimiento demográfico ni impide ni frena el éxito o el progreso (tal como repiten las previsiones desde hace ya tres cuartos de siglo), sino que los favorece.

B) **La degradación social de la vejez.** Muchas han sido las maneras de argumentar que aunque al conjunto social le pudiesen convenir las nuevas pautas de supervivencia y reproducción, los propios mayores serían las víctimas del proceso.

Desde la economía política, la antropología [S. de Beauvoir, 1983] o la gerontología se construyó con tintes dramáticos una “vejez” supuestamente característica del mundo industrial frente a la vejez de otras culturas, civilizaciones o momentos históricos. Los expertos en sanidad anticipaban la desolación de una vida con cada vez más años de discapacidad<sup>9</sup>. Hipótesis economicistas como las de R. Easterlin acerca del tamaño relativo de las distintas edades parecían anticipar un auténtico colapso de los recursos y servicios dedicados a vejez.

Tampoco se han cumplido tales previsiones. De nuevo, lo que ha ocurrido ha sido todo lo contrario, especialmente en lo que se refiere a la degradación del nivel de bienestar. Ya a mediados de los años ochenta Samuel Preston, él mismo sorprendido, constataba por primera vez y con datos empíricos, que en EEUU el bienestar de los mayores, el grupo tradicionalmente más insolvente y depauperado, estaba mejorando más rápidamente que el del resto de edades [S.H. Preston, 1984]. Tan sorprendente evolución fué rápidamente investigada en otros lugares, como Japón [S. Preston y S. Kono, 1988] o Europa<sup>10</sup>, con el mismo resultado. En el caso de España no sólo se cumple el mismo resultado, sino que su rapidez e intensidad resulta realmente espectacular, visible desde la simple memoria individual, pero igualmente constatable estadísticamente con los datos comparados de pobreza por edades en los primeros años ochenta [CARITAS, 1986] y los de mediados de los años noventa [EDIS, 1988].

C) **La crisis de la familia.** También en esto seguimos esperando que algún día se cumplan las previsiones. En 1972 se podía escribir un libro titulado “La muerte de la familia” tratándola como una institución obsoleta y agonizante [D. Cooper, 1972], pero tres décadas después se multiplican los signos de que dicha institución no ha hecho más que ganar importancia y aprecio entre las personas de todo el espectro de edades<sup>11</sup>. En los países europeos del sur, aquellos en que más brusca ha sido la reciente aceleración del envejecimiento demográfico, la familia tiene incluso problemas derivados de su éxito excesivo; su asunción de funciones de protección y bienestar se interconecta y retroalimenta con la parquedad de los Estados del Bienestar en tales países.

---

<sup>9</sup> Esa previsión está en la raíz del cambio de orientación en las políticas sanitarias de la OMS, allá por los años ochenta, bajo el lema “vida a los años”. Sin embargo, los estudios más recientes de la misma organización, a partir de las últimas versiones de los indicadores de esperanza de vida en salud, parecen indicar que ha ocurrido todo lo contrario de lo que se temía: cuanto mayor es la esperanza de vida de un país, menor es la parte de dicha vida afectada por la mala salud (no sólo en términos proporcionales, sino incluso en término del número absoluto de años afectados) [C.D. Mathers, R. Sadana, J.A. Salomon, C.J.L. Murray y A.D. Lopez, 2001] [J.L. Murray y A.D. Lopez, 1996].

<sup>10</sup> En el caso europeo la constatación llegó de un proyecto comparativo de gran envergadura, el *Luxemburg Income Study*, dirigido por Timothy Smeeding [T. Smeeding, 1985, T. Smeeding, 1987, T. Smeeding, B. Boyle Torrey y M. Rein, 1988].

<sup>11</sup> Resulta especialmente notable hasta qué punto ha mejorado la valoración entre los jóvenes. El proverbial enfrentamiento entre padres e hijos de los años sesenta o setenta ha dado paso a la situación radicalmente opuesta. Preguntados los jóvenes españoles sobre cómo les va su relación con sus progenitores, el 87,6% contesta que “Muy Bien” (casi uno de cada tres) o “Bastante bien” [CIS, 2003] (pregunta 12).

D) **El retroceso en la igualdad de género.** De nuevo esta es una previsión de consecuencias “en abstracto” que, hasta ahora, coexiste con una realidad social diametralmente opuesta. Las tasas de actividad femenina crecen en España de tal manera que no han alcanzado todavía las de los países nórdicos porque existe una lógica inercia generacional que impide borrar el pasado de un plumazo<sup>12</sup>; todavía no han salido de las edades laborales las últimas de las generaciones femeninas que encarnaron los roles complementarios preponderantes en los años del baby boom [L.J. Garrido Medina, 1992]. Las jóvenes y adultas actuales muestran unos niveles de formación superiores a los masculinos, fenómeno sin precedentes en la historia de este país, en el que “la mujer” siempre estudió menos que “el hombre” [J. Pérez Díaz, 2004]. Aún más, durante las últimas tres décadas, aquellas en que el envejecimiento demográfico ha alcanzado mayor rapidez e intensidad en España, el diseño completo del ciclo vital femenino ha experimentado un vuelco abrupto y radical que afecta en su conjunto a la relación entre las trayectorias formativa-laboral y familiar-reproductiva, asimilándolo al tradicionalmente masculino.

E) **El empeoramiento de la situación y bienestar de las demás edades.** Aunque se predique de forma general, la versión más existosa de este tipo de previsión es la que habla de la “injusticia intergeneracional”<sup>13</sup> que ha de provocar el progresivo “acaparamiento” de recursos escasos por parte de los mayores. A parte de la falacia política subyacente a tal previsión, que se argumentará en el punto siguiente, se dan en este caso también dos errores analíticos de bulto: por una parte, en la trastienda de esta manera de hacer previsiones hay un supuesto implícito, el de que el bienestar y los recursos se distribuyen entre las distintas edades siguiendo las reglas de un juego de suma cero, supuesto claramente inaplicable a la historia de la humanidad como mínimo desde que se iniciaron las revoluciones productivas allá por el siglo XVIII; por otra, las edades no son grupos sociales con entidad propia y continuidad en el tiempo, sino etapas en la vida de las personas<sup>14</sup>. Que los mayores vayan dejando de ser los peor dotados en bienestar y en recursos es una buena noticia para todos, también para quienes esperan llegar a serlo algún día, y la justicia o injusticia intergeneracional sólo podrá predicarse comparando a las generaciones a la misma edad, no cuando unas tienen quince años y otras sesenta (¿realmente alguien piensa que los actuales quinceañeros salen perjudicados en la comparación con las atenciones, formación, recursos y bienestar a disposición de nuestros mayores cuando tenían esa edad?).

---

<sup>12</sup> El efecto de la sustitución generacional en las futuras tasas generales de actividad femenina en España ocupa buena parte de las proyecciones de población y actividad realizadas en [A. Blanes, F. Gil y J. Pérez, 1996]

<sup>13</sup> El concepto tiene un origen claro en EEUU, con autores como [V.W. Marshall, 1981] que, pese a la pertinaz ausencia de “rebelión” de las edades, pueden seguir vaticinándola durante décadas, por ejemplo en [V.W. Marshall, F.L. Cook y J.G. Marshall, 1993]. Como en tantas otras ocasiones, dicho concepto se trasplanta a Europa e incluso a España de forma prácticamente literal, como en [M. Díaz Casanova, 1989].

<sup>14</sup> Una argumentación más extensa y sumamente clara de esta afirmación puede encontrarse en [M. Requena y Díez de Revenga, 1992],



F) **Para el bienestar general y para las instituciones.** Esta es probablemente la consecuencia más unánimemente reconocida y la que más investigación e interés política y económico suscita. Como se comprenderá fácilmente, no voy a refutar en unas líneas lo que ha sido argumentado y “demostrado” en miles de libros e informes, pero me extenderé algo más aquí para llamar la atención de nuevo sobre el acierto de tales previsiones y, sobre todo, acerca de la multitud de intereses “particulares” que contaminan nuestro “conocimiento” sobre este tema.

El discurso acerca de la crisis previsible de los sistemas públicos de pensiones o de salud, y en general de los Estados del Bienestar, no se basa únicamente, ni siquiera principalmente, en las consecuencias del envejecimiento de las poblaciones. Forma parte de la batería de argumentos reformadores que caracterizan la revolución neoliberal de los años ochenta, iniciada en época de Reagan y Teatcher, pero extendida a todo el mundo con rapidez. No cabe prejuzgarla o minusvalorarla como una mera ofensiva ideológica, porque constituyó una respuesta real a la crisis industrial, llamada “del petróleo”, cuyos buenos o malos resultados no enjuiciaré aquí. En cualquier caso, hubo un abuso ideológico evidente de la demografía y de las proyecciones demográficas, utilizados para suscitar miedos y justificar actuaciones nada claras en su eficiencia y resultados.

El paradigma de tales manipulaciones es el uso de la relación de dependencia y las proyecciones de balance en los sistemas públicos de aseguramiento de la salud o la vejez, a menudo el principal argumento para predecir un futuro catastrófico en las finanzas del Estado y para justificar la privatización o semiprivatización de sistemas públicos de pensiones. El interés subyacente de las finanzas privadas y de ciertos sectores políticos e ideológicos es enorme, proporcional a las espectaculares cantidades de dinero cuya gestión podría cambiar de manos, y ha pesado de forma importante en los acuerdos políticos finalmente adoptados sobre esta materia en los pactos de Toledo.

El fiasco de tales previsiones es igualmente espectacular e implica a algunos de los mejores expertos de este país, con instituciones de prestigio a sus espaldas. No hace falta dar nombres para decir que a mediados de los años noventa se llegó a vaticinar, en informes encargados por instituciones financieras, que en sólo cinco años el sistema de pensiones entraría en números rojos<sup>15</sup>. El error es de tal magnitud que, por el contrario, en sólo cinco años la caja de la seguridad social estaba teniendo los mayores excedentes de su historia, situación que viene repitiéndose en los últimos años, pese a que jamás en España hubo tal proporción de mayores, tal número absoluto de jubilados, fue tan “mala” la relación de dependencia, se pagaron tantas pensiones, fue mayor su cuantía media ni vivieron tantos años las personas después de jubilarse. De nuevo resulta ocioso argumentar excesivamente contra los tópicos: es la realidad la que está desmintiéndolos.

---

<sup>15</sup> Quien esté interesado podrá encontrar algunos en [F. Ferreras Alonso, 2002], donde se hace, además, una excelente y ecuaníme revisión de la situación del sistema de pensiones en relación a la situación demográfica actual.

#### **.4. ¿Por qué no aciertan las previsiones? La relevancia del factor generacional**

---

El modelo de las alarmas no funciona, no acierta en las previsiones, porque se basa en dos supuestos apriorísticos que no resisten la más mínima revisión:

- las características y comportamientos de cada edad son invariantes y ya conocidos
- las de las personas mayores son “menos convenientes” para el conjunto social.

En otras palabras, supone que ya sabemos cómo y qué hacen los niños, los adultos o los mayores, y esa manera de ser no ha cambiado ni cambiará con el proceso de envejecimiento demográfico. Y supone que nuestro conocimiento de cómo son los mayores, que no necesita completarse porque ya es definitivo, nos dice que son conservadores, anticuados, egoístas, inmóviles, poco instruídos, pobres, enfermos, cercanos a la muerte, desligados del mundo, insolventes, improductivos, dependientes, etc. Bajo tales supuestos, deducir problemas de su peso creciente no requiere demasiado esfuerzo mental.

Mientras tanto, en el mundo real, no sólo se ha producido una modificación muy sustancial del significado y las características de cada edad a medida que la pirámide de población iba cambiando de forma, sino que en buena parte lo primero se debe a lo segundo; el supuesto fundamental en que se basan las alarmas no es erróneo “casualmente”, sino “necesariamente”.

¿Implica esta constatación que no puede hacerse previsión alguna sobre las consecuencias sociales del envejecimiento demográfico? Si el significado social de cada edad es así de cambiante, quizá haya que aceptar el modelo actual de previsiones como el mejor de los posibles, aun sabiendo que está condenado al error sistemático.

Pero sí existe un método mejor para anticipar cómo serán los mayores en los próximos años (componente previo necesario para evaluar las consecuencias de que su número y su peso sean distintos a los actuales). Consiste en estudiar cómo son ahora, antes de que lleguen a mayores, y cómo fueron antes, a lo largo de todo su ciclo vital. Consiste en observar cómo el propio ciclo vital nos forma, nos determina, nos encauza, nos condiciona. El principio de esta forma de proceder es simple: el pasado determina el presente, y la situación económica, física, cultural, laboral, relacional o familiar de las personas se va construyendo en sus edades anteriores. Las edades, así, dejan de ser “inmóviles” mientras las personas las atraviesan; son ellas, las personas, las que quedan “fijas” mientras van atravesando distintas edades, encarnando cada edad en función de su propio pasado.

En términos agregados, poblacionales, a esta manera de proceder cuando lo manejado son datos “por edad” se la denomina “análisis longitudinal o generacional”, distinguiéndola del “análisis transversal o del momento”. No constituye innovación alguna, sino una distinción clásica del análisis demográfico y, en general, de la sociología de las edades. Sin embargo, inexplicablemente, su adopción es escasa en

demografía y aún lo es más en el resto de ciencias sociales<sup>16</sup>. El motivo podía ser hasta ahora la falta de fuentes adecuadas, la ingente cantidad de trabajo requerido para sistematizar los datos necesarios, el gran esfuerzo de documentación “histórica” implicada (el análisis transversal, en cambio, es posible a partir una simple tabla de datos por edad relativos a un instante cualquiera). Pero actualmente existen los medios técnicos, informáticos y documentales para hacer incomprensible que asuntos de gran calado social, político y económico sigan dirimiéndose a partir de dictámenes basados en herramientas “fáciles”. No he pretendido en ningún momento que mejorar la previsión de las consecuencias del envejecimiento demográfico sea fácil; sólo sostengo que es posible.

En otro lugar he analizado con cierta extensión las trayectorias generacionales de quienes nacieron en España entre 1906 y 1945, desde su primera infancia hasta sus edades maduras [J. Pérez Díaz, 2001], y puedo asegurar que hacían previsible muchos de los cambios que la vejez está experimentando en las últimas décadas, en medio de las continuas sorpresas de los sociólogos y gerontólogos que ya creían conocer cómo son las personas de esas edades.

No voy, por tanto, a extenderme aquí sobre lo que diferencia a los nacidos antes o después de los años treinta y les ha hecho tan diferentes en la vejez, ni sobre aquellas características que hacen previsible “revoluciones” aún mayores en la vejez a medida que la vayan alcanzando los nacidos a partir de los años sesenta. Pero a nadie extrañará mi afirmación de que la vejez “inconveniente” cuyas características se enunciaban más arriba es un producto histórico concreto y limitado, no “intemporal”, y que los nuevos mayores ya no responden en absoluto a dicho modelo en nuestro país.

La argumentación de que es el cambio generacional el que explica “cómo ha mejorado tanto la vejez en España” puede encontrarse en [J. Pérez Díaz, 2003a], de manera que abordaré, sin más preámbulos, qué tipo de consecuencias pueden esperarse del envejecimiento demográfico si es la óptica de análisis generacional la que se adopta. Lo haré únicamente aventurando breves hipótesis en relación al caso de España. El modo en que las transiciones históricas marcan el transcurso vital de las generaciones en cada país es un objeto de estudio empírico comparativo todavía inexplorado.

---

<sup>16</sup> Un ámbito en el que cada vez se emplea más la óptica generacional es, por motivos evidentes, el del estudio del mercado de trabajo y los procesos de sustitución generacional y de salida definitiva de la actividad. Francia es el país con más tradición en ello, como puede comprobarse en [R. Kasparian, 1993], pero también en España existen trabajos desde esta óptica. Quien esto escribe tuvo el honor de participar, junto a un equipo de investigadores del Centro de Estructuras Sociales Comparadas de la UNED dirigido por Luís Garrido, en el proyecto ganador del premio de investigación del Consejo Económico y Social 2002 “Demografía generacional de la ocupación y de la formación: el futuro de la jubilación en España”.

## **.5. Finalmente: Consecuencias sociales del envejecimiento demográfico**

---

Tras tanto preámbulo, retomo finalmente el objeto inicial del artículo para proponer una enumeración de las consecuencias del envejecimiento demográfica bastante distinta de la que es habitual.

### *La cambiante significación social de las edades*

Acaba de argumentarse que este es el punto clave que permite cuestionar el modo en que habitualmente se estudian las consecuencias del envejecimiento demográfico. Se trata de una afirmación bastante radical, porque en ciencias sociales suele tenderse a sobredimensionar la capacidad explicativa de los factores “blandos” del comportamiento (cultura, modas, ideología, opinión, valores), como si los “duros” fuesen cosa del determinismo biologista o del economicismo excesivo.

No hay ningún biologismo en la afirmación de que la duración de la vida es un determinante fundamental del modo en que es vivida. La vida ha ganado “tiempo” para desarrollarse, y no sólo en las edades avanzadas. En muchos sentidos son las etapas previas a la vejez las que se han ampliado. Todo el ciclo vital se ha vuelto más parsimonioso, y sorprende hoy la precocidad con que hace sólo algunas décadas las personas agotaban su infancia y tenían que empezar a ser adultas. Probablemente la mayor innovación derivada del envejecimiento demográfico sea la aparición de la infancia y la juventud como etapas de la vida tal como hoy las conocemos en los países más avanzados [P. Ariès, 1987].

Esta tendencia es autoacumulativa: los adultos y mayores tienen su presencia asegurada, de modo que los más jóvenes pueden esperar más a convertirse en adultos. Una de las mayores ironías de que se haya extendido la denominación “envejecimiento demográfico” es que no son años de vejez lo que hemos ganado, sino de juventud, y eso supone que hoy se dispone de más tiempo para acumular recursos, formación, conocimientos y experiencias, ensayos y errores, antes de empezar a tomar decisiones irrevocables en la trayectoria vital. Y, por el mismo motivo, supone que el ciclo vital completo se desarrolla sobre unos fundamentos y recursos iniciales mucho mejor dotados.

### *Consecuencias para la familia*

Si el envejecimiento demográfico es una consecuencia de la revolución reproductiva experimentada por los sistemas demográficos humanos en los últimos dos siglos, se entenderá que la institución social tradicionalmente constituida en torno a la reproducción biológica y social de las personas sea un ámbito privilegiado de cambios.

El envejecimiento demográfico ha ido acompañado de una creciente seguridad en la supervivencia de los miembros de la familia hasta bien entrada su vejez. Esta seguridad hace posibles nuevas configuraciones y comportamientos de los grupos familiares y de los individuos que los integran, simplemente inviábiles cuando el fallecimiento a cualquier edad hacía probable la orfandad prematura, la pérdida de los hijos en edades temprana o la viudedad anterior a la vejez. Lo que hoy hace joven a una persona de cuarenta años es que sus dos padres están vivos y es posible que incluso también lo esté alguno de sus abuelos (de nuevo los mayores generan juventud social).

No fue así para quienes nacieron a principios de siglo en España. Antes de cumplir los 15 años casi un 15% era huérfano de padre, y más de un 10% había perdido a la madre. Alrededor del 60% alcanzó la madurez habiendo perdido ya a ambos progenitores y el 40% de quienes los tuvieron había perdido por defunción como mínimo a un hermano. Las perspectivas vitales son muy distintas cuando se llega a esa edad sabiendo que las generaciones precedentes en la línea de filiación ya han fallecido, y que el siguiente a quien "le toca" es uno mismo.

Las familias han pasado de tener apenas dos generaciones presentes en la línea de filiación a generalizar la presencia de cuatro, por la probabilidad casi mayoritaria de que los niños actuales vengan al mundo en vida de sus bisabuelos. El tópico nos dice que todo esto es un problema, no una ventaja, para la familia, y se basa en la creciente presencia de personas dependientes "por su edad". Pero se omite que, por el mismo motivo, existe hoy una generación "visagra", en su primera vejez, que por su peso estadístico y por sus características sociodemográficas puede ejercer funciones familiares que nunca pudo asumir la vejez, y que probablemente se han convertido en la principal agencia de bienestar para las demás generaciones en España, mientras el Estado del Bienestar hacía economías y les subsidiarizaba de cada vez más funciones [J. Pérez Díaz, 2003b].

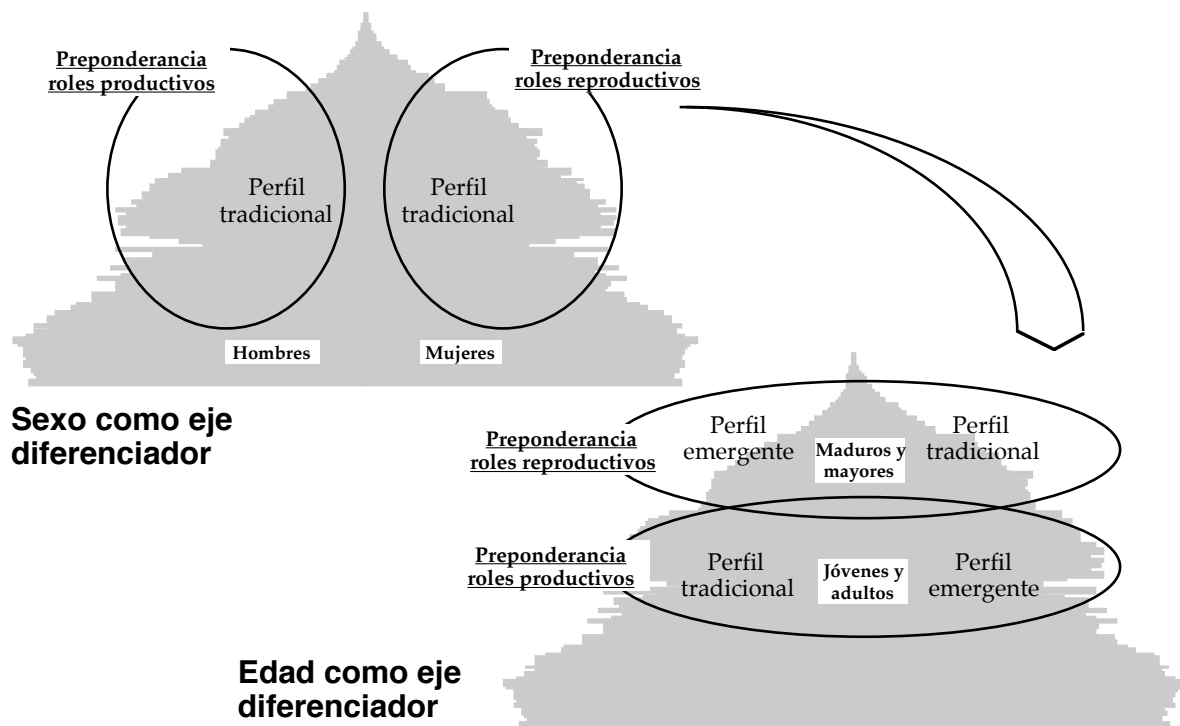
### *Consecuencias para los roles de género y de edad*

Por el mismo motivo por el que la familia se ha visto transformada, también los roles de género y, especialmente, los del género femenino (directamente asociados a la reproducción desde tiempo inmemorial), han experimentado un cambio revolucionario. Como en cualquier otro sector productivo que experimenta un salto de escala en la productividad de su trabajo, en la reproducción humana se han producido enormes "excedentes de mano de obra" [L. Garrido Medina, 1996]. La posibilidad para las mujeres de adoptar pautas de formación y de carrera profesional similares a las masculinas ha recibido un impulso esencial en dicho proceso.

Pero aún cabe explorar otra dirección en los efectos transformadores del envejecimiento demográfico sobre los roles de género: la feminización de la vejez. Es posible que, en buena medida, la posibilidad de que las mujeres jóvenes y adultas estén adoptando perfiles formativos, laborales y familiares similares a los masculinos se vea favorecida

por la creciente presencia de personas de edad madura y en la primera vejez que asumen parte de las funciones de “reproducción social” que tradicionalmente les eran “propias” y que constituían el principal fundamento de las desigualdades de género. He desarrollado con más amplitud esta idea en otro lugar [J. Pérez Díaz, 2003b], pero la hipótesis que propongo explorar puede resumirse bastante bien mediante una simple representación gráfica:

**Esquema ideal del posible cambio en la distribución de roles por sexo y edad asociado al proceso de envejecimiento demográfico.**



Fuente: [Pérez Díaz, 2003 #2400] pg 114

Nota; Se utiliza la expresión “roles reproductivos” en un sentido amplio, no limitado a la mera reproducción biológica.

**Consecuencias para la estructura social**

Las clases sociales constituyen probablemente uno de los núcleo temáticos más relevantes y complejos de cuantos ocupan a la sociología. El declive político del

marxismo y la imprevista dirección tomada por las sociedades más avanzadas, con la extensión de las clases medias y de un sistema productivo post-industrial, habían creado desconcierto histórico y desintegración teórica en esta disciplina, hasta su resurgir en los años ochenta. Ambiciosas propuestas teóricas y empíricas le han devuelto plena vigencia e interés, y en la actualidad es común encontrar en las fuentes oficiales de muchos países variables construidas a partir de los nuevos fundamentos teóricos, como la “categoría socioeconómica” utilizada por el INE en España<sup>17</sup>. Por eso es sencillo constatar que la estructura social es diferente con la edad, y en ello intervienen conjuntamente tanto la lógica del ciclo vital como el factor generacional.

La plena industrialización ha generado en cada país (aún sigue haciéndolo en los más retrasados) generaciones “damnificadas” por la abrupta pérdida de su mundo anterior, rural y de economía primaria. En España son especialmente visibles, porque nacieron en la segunda década del siglo XX, padecieron la guerra civil en su juventud, la posguerra en su vida adulta, y su madurez llegó en plena mutación, allá por los años sesenta. En los años setenta y ochenta se convierten finalmente en el campo de acción para la incipiente gerontología española. La información estadística obtenida sobre su situación económica, sanitaria o familiar, dibuja una vejez triste, empobrecida y desarraigada, que se convierte en el “tipo ideal” de la vejez, naturalizado y supuestamente característico de toda sociedad industrial<sup>18</sup>. En contraste, aquellas décadas son de los “jóvenes”, las primeras generaciones cuyo ciclo vital no se ha visto interrumpido por una guerra, las primeras universalmente escolarizadas, urbanas, de empleo mayoritario en el sector secundario, las primeras del salario familiar, el piso y el seiscientos.

Hoy, cuando son estos jóvenes los que alcanzan la primera vejez, subvierten el “tipo ideal” porque, en realidad, devuelven su lógica ancestral al ciclo vital<sup>19</sup>. Han alcanzado una categoría socioeconómica superior a la de sus hijos adultos, y es de esperar que ésta sea la pauta habitual en el futuro, a tenor de lo que ya sabemos sobre las sucesivas generaciones que les irán continuando en la llegada a la vejez. Esta nueva situación contribuye a que las sociedades “envejecidas” posindustriales sean también sociedades “de clases medias” mayoritarias.

---

<sup>17</sup> Sobre la innovadora propuesta teórica y el histórico proyecto comparativo internacional iniciados por Erik Olin Wright, así como sobre el modo en que llega a España y es adoptado por nuestras estadísticas oficiales, véase [J. Carabaña y J.J. González, 1992]. En su introducción teórica puede encontrarse un buen estado de la cuestión hasta aquel momento.

<sup>18</sup> Es muy posible que un orden de acontecimientos similar, aunque bastante anterior, sea el que conduce al mismo “tipo ideal” en países de industrialización más temprana. En particular, es la gerontología de EEUU, allá por los años cuarenta, la que va a exportar sus ideas y teorías al resto del mundo.

<sup>19</sup> La relación entre la generación y la jubilación ha llevado a algunos investigadores a abordar los efectos del envejecimiento demográfico en la estructura social, y probablemente sea Anne Marie Guillemard quien lo ha hecho de forma más sistemática [A.-M. Guillemard, 1982]. Sin embargo, el manejo de datos transversales, en vez de datos realmente longitudinales, la conduce a enfatizar el efecto desintegrador del ciclo vital que está teniendo el mundo posindustrial [A.M. Guillemard, 2003], en vez de al reconocimiento de la recuperación de “lógica intergeneracional” en las posiciones relativas de cada edad.

### *Consecuencias para la salud colectiva*

El envejecimiento demográfico debería haber colapsado los sistemas sanitarios y, por tanto, disminuido el nivel de salud colectiva. Tal cosa, de ser cierta, habría impedido la continuidad del propio fenómeno<sup>20</sup>. En realidad, ha ocurrido todo lo contrario; ha sido un factor impulsor en la consolidación y mejora de tales sistemas, la salud ocupa cada vez un lugar más central en las sociedades avanzadas y la de los mayores ha experimentado, aproximadamente en las últimas dos décadas, una mejora que rebasa absolutamente las expectativas “límite” que cualquier especialista hubiese creído posibles en los años anteriores.

El efecto “autoacumulativo” que está teniendo el envejecimiento demográfico en esta materia conduce a escenarios de auténtica ciencia-ficción. A medida que la supervivencia hasta edades muy avanzadas se “democratiza”, los nuevos mayores presentan perfiles más “actuales” y solventes (frente al modelo “tipo” de vejez depauperada). La demanda de productos y servicios sanitarios que generan está convirtiendo a este sector en uno de los más punteros en investigación. Los resultados empiezan a ser visibles<sup>21</sup> y las perspectivas abiertas por la nueva biología molecular son simplemente impredecibles.

Contra quienes claman contra la “inequidad generacional” cabe simplemente recordar que todos estos avances tienen al conjunto de las edades como beneficiario si, simplemente, los jóvenes de hoy tienen su supervivencia prácticamente asegurada hasta edades avanzadas. En todo caso, si hubiese alguna injusticia, sería la que afecta a los mayores actuales. Una importante proporción padece enfermedades escasamente conocidas o investigadas porque son propias de las edades avanzadas y hace pocas décadas eran pocas las personas que las padecían. La enfermedad de Alzheimer es su paradigma. Los jóvenes actuales, a buen seguro se beneficiarán en el futuro de toda la investigación y experimentación realizada sobre los actuales afectados. Ellos son, de momento, los pioneros que abren camino

---

<sup>20</sup> Algo así ha ocurrido en realidad en buena parte del mundo tras la desaparición de la URSS. Los sistemas sanitarios y la esperanza de vida han empeorado en muchos de los países que integraban la Unión, incluida la propia Rusia, pero no es precisamente el envejecimiento demográfico el que puede explicar un retroceso de tal magnitud.

<sup>21</sup> El premio Nobel de medicina hace años que se otorga sistemáticamente a investigaciones relacionadas con las enfermedades degenerativas del sistema nervioso o del circulatorio, las más comunes entre los mayores. La demanda masiva ha convertido en rentable la fabricación de aparatos “de bolsillo” a muy bajo coste que hace pocos años sólo estaban disponibles en los hospitales.



## .6. Conclusiones:

---

Lo que se ha sostenido en este artículo es que las consecuencias sociales del envejecimiento demográfico se están investigando en un contexto conceptual “viciado” por las herencias de otros tiempos, en particular aquellos en que los cambios demográficos más tarde conocidos como “transición demográfico” carecían de una explicación general desde la propia disciplina demográfica.

Tales problemas conceptuales coexisten con otros más estrictamente metodológicos, y con posiciones ideológicas interesadas en mantener los procedimientos tradicionales para tratar este tema, aunque su fundamento empírico se muestre reiteradamente falso.

Desde el punto de vista metodológico, nos enfrentamos a la paradoja de que se analicen las consecuencias del cambio en la estructura por edades como si no fuese en sí mismo un motivo de cambio para la significación social de las mismas. En suma, se parte del supuesto “operativo” de que todo se mantiene igual en nuestras previsiones excepto los pesos respectivo de las edades.

He sostenido que las consecuencias reales del envejecimiento demográfico sólo son analizables utilizando la óptica de análisis longitudinal y mediante el estudio empírico, no apriorístico, de las distintas edades a medida que las encarnan las sucesivas generaciones. El cambio implícito en esta propuesta no es desconocido para el análisis demográfico, sino uno de sus componentes principales. Su desventaja es que implica más trabajo y más información que los procedimientos habituales. Su ventaja, abrumadora respecto al habitual análisis transversal, es que devuelve a las edades su sentido de “etapas vitales”, y que permite jugar con las determinaciones previas ejercidas por el pasado de las personas en su vida futura. Si lo que se persigue es hacer previsiones, ésta es la herramienta.

A las malas prácticas metodológicas cabe añadir otra, aparentemente insalvable, de carácter práctico: las previsiones constituyen una herramienta política de primer orden a la hora de justificar medidas de gobierno difíciles, como las reformas fiscales, laborales, sanitarias o de la seguridad social. Es tal el cúmulo de intereses implicado en torno al envejecimiento demográfico que lo de menos es la adecuación analítica de las herramientas utilizadas. Este tema debe batir, de hecho, todos los récords en reiteración de previsiones desmentidas por la realidad sin que se modifique su metodología y sus presupuestos.

Propongo observar el envejecimiento demográfico en el marco de una teoría general sobre la eficiencia de los sistemas reproductivos, y dejar de condicionar las conclusiones de la investigación empírica a los intereses políticos implicados a su alrededor. Un mejor conocimiento de tan espectacular fenómeno sociodemográfico debería ser el punto de partida para las políticas, y no al revés.

## BIBLIOGRAFÍA

(El autor edita un portal temático de internet sobre "demografía y vejez" (véase <http://www.ced.uab.es/jperez>) en el que pueden encontrarse descargables y de forma gratuita todas sus publicaciones y algunas de las ajenas citadas en esta bibliografía)

Ariès, P. (1987), *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid, Taurus.

Blanes, A. ; Gil, F. y Pérez, J. (1996), *Población y actividad en España: evolución y perspectivas*, Barcelona, Servicio de Estudios de "la Caixa". Colección Estudios e Informes, nº 5.

Boudon, R. (1981), *La lógica de lo social*, Madrid, Rialp.

Carabaña, J. y González, J. J. (1992), *Clases sociales: estudio comparativo de España y la Comunidad de Madrid 1991*, Madrid, Consejería de Economía de la Comunidad de Madrid.

CARITAS, -Ed-. (1986), *La pobreza en España. Extensión y causas*, Madrid, Caritas Española.

Central Intelligence Agency CIA (2001), "Long-term Global Demographic Trends: Reshaping the Geopolitical Landscape", publicado en *DCI & CIA Special Reports*, <http://www.cia.gov/cia/reports/>.

CIS (2003), *Sondeo sobre la juventud española, 2003 (3ª OLEADA)* Madrid, Estudios del CIS. nº 2536.

Cooke, M. (2003), "Population and Labour Force Ageing in Six Countries", publicado en *Workforce Aging in the New Economy*, Working Paper (4).

Cooper, D. (1972), *The death of the Family*, Harmondsworth, Penguin Books.

CSIS&WWW (2000), *Global Aging. The Challenge of the new millennium*, Center for Strategic and International Studies & Watson Wyatt Worldwide.

Cumming, E. (1963), "Further thoughts on the theory of disengagement", publicado en *International Social Science journal*, 15 (3): 377-393.

de Beauvoir, S. (1983), *La vejez*, Barcelona, Edhasa.

Díaz Casanova, M. (1989), "Envejecimiento de la población y conflicto entre generaciones", publicado en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (45): 85-113.

EDIS (1988), *Las condiciones de vida de la población pobre en España.*, Madrid, EDIS-Foessa-Cáritas.

Ferreras Alonso, F. (2002), "El futuro de las pensiones de jubilación en España: el "nuevo orden demográfico" y otras cuestiones a considerar", incluido en Pedro Reques, *El nuevo orden demográfico*. Madrid, Servicio de estudios BBVA, pp. 189-216.

Garrido Medina, L. (1996), "La revolución reproductiva", incluido en Cecilia Castaño y Santiago Palacios, *Salud, dinero y amor. Cómo viven las mujeres españolas de hoy*. Madrid, Alianza, pp. 205-238.

Garrido Medina, L. J. (1992), *Las dos biografías de la mujer en España*, Madrid, Instituto de la Mujer. Ministerio de Asuntos Sociales.

- Gee, E. M. y Gutman, G. M. (2000), *The Overselling of Population Ageing. Apocalyptic Demography, Intergenerational Challenges, and Social Policy*, Oxford University Press.
- Gini, C. (1930), *Nascita evoluzione e morte delle nazioni : la teoria ciclica della popolazione e i vari sistemi di politica demografica*, Roma, Libreria del littorio.
- Guillemard, A.-M. (1982), "Old Age, Retirement and the Social Class Structure: Toward an Analysis of the Structural Dynamics of the Later Stage of Life", incluido en Tamara K. Hareven y Kathleen J. Adams, *Ageing Life Course Transitions. An interdisciplinary perspective*. London, Tavistock, pp. 221-243.
- Guillemard, A. M. (2003), *L'âge de l'emploi. Les sociétés face à l'épreuve du vieillissement*, Armand Colin.
- Horiuchi, S. (2000), Demography: Greater lifetime expectations *Nature* 405, 744-745.
- Kasparian, R. (1993), "L'analyse longitudinale de la population active. Une typologie des profils de carrière des générations françaises de 1911 à 1935", publicado en *Population*, (mai-juin): 627-653.
- Kirkwood, Tom, (1999) *El fin del envejecimiento*. Ed. Tusquets.
- Lee, R. D. (2003), "Rethinking the evolutionary theory of aging: Transfers, not births, shape senescence in social species", publicado en *PNAS*, 100 (16): 9637-9642.
- Livi Bacci, M. (1993), *Introducción a la demografía*, Barcelona, Ariel.
- Loriaux, M. (1995), "Les conséquences de la révolution démographique et du vieillissement sociétal: restructuration des âges et modification des rapports entre générations" en *Sociologie et sociétés* vol. 27, no 2, pp. 9-26.
- Marshall, V. W. (1981), "Tolérance de la société au vieillissement: Théorie sociologique et reaction sociale au vieillissement de la population", incluido en CIGS, *Adaptabilité et Vieillesse*. Paris, pp. 93-162.
- Marshall, V. W. ; Cook, F. L. y Marshall, J. G. (1993), "Conflict over intergenerational equity: Rhetoric and reality in a comparative context", incluido en V.L. Bengtson y W.A. Achenbaum, *The changing contract between generations*. New York, Aldine de Gruyter.,
- Mathers, C. D. ; Sadana, R. ; Salomon, J. A. ; Murray, C. J. L., et al. (2001), "Healthy life expectancy in 191 countries, 1999", publicado en *Lancet*, (357): 1685-1691.
- Mérette, M. (2002), "The Bright side: a Positive view on the economics of Aging", publicado en *Choices*, 8 (1): 1-28
- Murray, J. L. y Lopez, A. D. (1996), *The Global Burden of Disease*, Harvard University Press.
- O.N.U. (1978), *Factores determinantes y consecuencias de las tendencias demográficas*, Nueva York.
- Pérez Díaz, J. (2001), *Transformaciones sociodemográficas en los recorridos hacia la madurez. Las generaciones españolas 1906-1945*. Tesis doctoral. UNED.
- Pérez Díaz, J. (2003a), "¿Cómo ha mejorado tanto la vejez en España?" presentada en *II<sup>o</sup>s Jornadas sobre "Políticas Demográficas y de Población"*. CEDDAR, Zaragoza, Gobierno de Aragón, pp. 81-107.
- Pérez Díaz, J. (2003b), "Feminización de la vejez y Estado del Bienestar en España", publicado en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (104): 91-121.
- Pérez Díaz, J. (2003c), *La madurez de masas*, Madrid, Imsero.

- Pérez Díaz, J. (2004), "El nivel de estudios de las generaciones españolas." presentada en VII Congreso de la Asociación de Demografía Histórica (ADEH). (1/04/2004) Granada. Comunicación descargable en <http://www.ugr.es/~adeh/comunicaciones.htm>.
- Preston, S. y Kono, S. (1988), "Trends in well-being of children and the elderly in Japan", incluido en John L. Palmer; Timothy Smeeding y Barbara Boyle Torrey, *The vulnerable*. Washington, D.C., Urban Institute Press, pp. 277-307.
- Preston, S. H. (1984), "Children and the Elderly: Divergent Paths for America's Dependents", publicado en *Demography*, 21 (4): 435-457.
- Requena y Díez de Revenga, M. (1992), "Secularización, clases de edad y generaciones; el caso de la sociedad española", incluido en C. Moya; A. Pérez Argote; J. Salcedo y J.F. Tezanos, *Escritos de teoría sociológica*. Madrid, CIS, pp. 993-1018.
- Sauvy, A. (1964), *Límites de la vida humana*, Barcelona, Ediciones Occidente S.A.
- Smeeding, T. (1985), *Comparative status of children and the elderly*., U.S. National Academy of Sciences.
- Smeeding, T. (1987), "Comparative status of children and the elderly: preliminary tabulations and brief highlights from the Luxemburg income study", presentada en *Woods Hole workshop on demographic change and well-being of dependents*, U.S. National Academy of Sciences.
- Smeeding, T. ; Boyle Torrey, B. y Rein, M. (1988), "Patterns of Income and Poverty: The Economic Status of Children and the Elderly in Eight Countries", incluido en John L. Palmer; Timothy Smeeding y Barbara Boyle Torrey, *The vulnerable*. Washington, D.C., Urban Institute Press, pp. 89-119.
- Spengler, O. (1923), *La decadencia de Occidente*, Espasa Calpe.
- Vandellós i Solà, J. A. (1985 -1935-), *Catalunya, poble decadent*, Barcelona, Edicions 62.
- Wilmoth, J.R. (1998); "The future of human longevity: A demographer's perspective." *Science* 280(5362):395-397.